

Eduardo Iriarte Goñi o la aventura de traducir la poesía de Charles Bukowski al castellano

Eduardo IRIARTE GOÑI

Conforme voy hablando con colegas que se dedican mayormente a la traducción, cada vez estoy más convencido de que el tiempo de quien ejerce este oficio no se divide en meses, años o estaciones, sino en libros. Cuando tengo entre las manos cualquiera de los volúmenes —medio centenar ya, compruebo; se dice pronto— que he vertido al castellano en los diez últimos años, me viene a la memoria con notable precisión lo que estaba haciendo en la época en que consagraba mis días a traducir tal o cual novela o ensayo. Así, me basta con entresacar de la estantería, por ejemplo, el libro de Elizabeth Arthur *Surcando el Antártico*, para recordar que, mientras la protagonista de esta narración se abría paso entre los hielos del Polo Sur, en una aventura de más de ochocientas páginas, yo lograba a duras penas soportar el calor mediterráneo gracias a las pormenorizadas descripciones de miembros a punto de quedar congelados o de icebergs de toda clase y denominación. En ocasiones, también se da el proceso inverso, es decir, si pienso en unas Navidades o en un viaje concreto, el tiempo se me aparece, en cierto modo, impregnado de la voz narrativa o el punto de vista del autor o los personajes de tal o cual libro. Tanto así que los escasos momentos en que no he tenido ninguna traducción entre manos asoman como islas un poquito más despejadas, o al menos de una densidad distinta.

69

De ahí la tremenda importancia de lo que uno traduce, y de ahí que sea una desgracia el que muchas veces nos veamos obligados a ocuparnos de obras que poco aportan al traductor o al lector, obras que, para más inri, copan las librerías desplazando a codazos otros libros mucho más importantes. Sea como sea, al margen de que el libro en cuestión constituya una obra de calado o un best-seller mediocre, en mi caso —y creo que en el de la mayoría de los traductores— se convierte durante una temporada en un modo de canalizar la experiencia vital, un punto de llegada al que remite parte de la información que se recibe a lo largo del día. Uno siempre está presto a la “caza sutil” de la que hablaba Ernst Jünger, aunque no de insectos, sino de giros, términos o datos que puedan contribuir a que la versión en castellano de la obra que le ocupa quede tan pulida como sea posible.

En más de una ocasión me han preguntado —y me he preguntado— hasta qué punto influyen las traducciones en lo que uno escribe como novelista, y al principio me sorprendió oírme decir que a veces, tenía que protegerme de las traducciones para que no se filtraran en lo que uno firma como autor (y, en este caso, llamo autor al que percibe en torno a un 10 por ciento de los derechos de edición, y no el mísero porcentaje que ofrecen las editoriales al traductor, y eso cuando lo hacen). El año pasado, sin ir más lejos, revisaba mi primera novela para su publicación al tiempo que tomaba notas de forma frenética para la segunda. Pero 2001 fue

sobre todo el año que dediqué a traducir, revisar y prologar una extensísima antología de ensayos y artículos del escritor norteamericano Gore Vidal. Ahora, al repasar los cuadernos de apuntes escritos durante esa época, veo con claridad que hay restos inconfundibles del estilo de este autor, cuando menos en sus coletazos socarrones hacia el final de algunos párrafos y en su forma, a medio camino entre el cinismo y el desconuelo, de abordar la realidad. En el caso de Vidal, considero una suerte que haya dejado su huella, cosa que, desafortunadamente, no podría decir de otros autores que me he visto obligado a desbrozar por encargo editorial.

Si nos atenemos a esta premisa, no será difícil entender la alegría de cualquier profesional cuando se le confirma que puede enfrascarse en la traducción de un autor que le gusta o al que incluso admira. Sé perfectamente que mi trabajo se trocó en auténtico disfrute cuando tuve oportunidad de traducir, por ejemplo, una pequeña fábula de la autora anglo-india Kiran Desai, o cuando, hace poco, una editorial de Madrid me ofreció encargarme de *El último imperio*, del mencionado Gore Vidal. Sin duda, autores como éste o el filósofo estadounidense Stanley Cavell, o David Bordwell con su magna historia del cine clásico de Hollywood, han constituido retos mucho más complejos que el que me ha planteado traducir los poemas póstumos de Charles Bukowski —aunque sólo sea por el tiempo que hube de pasar investigando en bibliotecas y archivos—, pero si he optado por este novelista y poeta para hacer un bosquejo de mi labor como traductor es porque, en cuanto que aventura propiamente dicha o peripecia vital, es quien mejor la ejemplifica.

70

Hace exactamente diez años, en la primavera de 1992, me trasladé a Barcelona con la sana intención de buscar trabajo como profesor de inglés o traductor. Estaba cursando estudios de Filología Inglesa pero ni siquiera contaba todavía con el diploma en Traducción Literaria de una renombrada institución británica que más adelante me abriría algunas puertas. Dispuesto a cualquier cosa para poder sobrevivir durante el verano ya a punto de empezar, no hice ascos a traducir series de dibujos para niños o libros de técnicas pictóricas, pero, para ir cogiendo práctica, empecé a trabajar por mi cuenta en la obra de algunos poetas norteamericanos, entre ellos Charles Bukowski, de quien llegué a verter al castellano en su práctica totalidad *Mockingbird, Wish Me Luck* [Rruiseñor, deséame suerte].

Con este manuscrito bajo el brazo y la ilusión de mis poco más de veinte años me presenté —sin siquiera llamar antes por teléfono— en la sede de una prestigiosa editorial barcelonesa; según creía entonces, sencillamente porque publicaba a mis autores preferidos, la más prestigiosa de todas. Entonces no era consciente de ello, pero estaba cometiendo una tremenda osadía. Cosa sorprendente, no me echaron a patadas de allí, ni siquiera me miraron con mala cara —como, de hecho, ocurriría en algún otro sello al que poco después acudí con tan magro currículum—, sino que una editora me hizo pasar a su despacho, hojeó la traducción durante un buen rato —lo que, créanme, ya es mucho— y, tras asegurarme que ellos no podían permitirse publicar poesía, se ofreció a ponerme en contacto con un editor madrileño que sí se dedicaba —y se dedica— a empresa tan arriesgada. Por razones diversas, el proyecto no siguió adelante, y esa traducción en concreto empezó a coger polvo en un cajón, junto con las de algunos poetas irlandeses más o menos oscuros, a la espera de su momento adecuado.

No sería fiel a la verdad si dijera que Bukowski es uno de mis autores de cabecera. Basta con echar un vistazo a su dilatadísima bibliografía para ver que es excesiva tanto en su extensión como, muchas veces, en tono e intención. Bukowski, siempre al margen de corrientes, tardó en empezar a publicar, y cuando lo hizo, se dedicó a ello de forma torrencial, dejando que en el flujo furibundo de su escritura se colaran obras menores y más de una redundancia. Sin embargo, cuando este autor da en la diana, su sinceridad a ultranza y su clarividencia desarman al lector más reacio. Así ocurría en aquel *Ruiseñor, deséame suerte*, que, con varios años de diferencia, presenté a un par de editoriales más, con idénticos resultados. Y así ocurre con *Lo más importante es saber atravesar el fuego*, una dilatada antología de poemas póstumos de este autor que verá la luz el próximo mes de septiembre.

Ya me había olvidado de aquella primera traducción de Bukowski cuando, hace menos de un año, reclamaron mis servicios —esta vez a título de editor adjunto— en una editorial de nueva planta con el nombre casi quimérico de “La Poesía, señor hidalgo”. Mi labor no iba a ser en este caso traducir, sino gestionar y supervisar, pero, en un guiño del destino, resultó que una de las primeras obras que tenía programadas este sello era la mencionada antología póstuma. Fue entonces cuando la traducción que había hecho diez años antes cobró pleno sentido y cumplió su cometido, aunque sólo fuera el de dar fe de que había traducido a este autor y había masticado sus poemas durante años hasta hacerlos míos en otro idioma.

Así, exactamente diez años después, tengo la sensación de haber cerrado un ciclo, un ciclo que, como ya he dicho, está impregnado de múltiples voces traducidas que, ahora, en cierto modo, quedan englobadas o supeditadas a la de este escritor rebelde, pendenciero e irrespetuoso como pocos, que constituye un puente entre la ilusión bisoña del traductor en ciernes y la visión, bastante menos esperanzada pero igualmente tenaz, de quien, poco a poco, va adquiriendo oficio.

La secuencia de los sucesivos relatos que he ido trasladando al castellano, distintos y en ocasiones casi antagónicos, se constituyen en el relato de una trayectoria, y, a la vez, en ejemplo de que la traducción es una tarea que exige tesón y paciencia. Y no sólo en el día a día, a la hora de enfrentarse a cada frase como si fuera la única que se hubiera escrito nunca, sino también a largo plazo. No es raro que una buena traducción, como a menudo ocurre con un buen original, vaya de ronda por las editoriales y pase meses encima de la mesa de un editor que no se decide a contratarla, pero tampoco a rechazarla. El consuelo que queda es que así coge solera, aunque sólo sea gracias a que el traductor vuelve de vez en cuando sobre ella y va retocando aquello que necesita retoques hasta alcanzar la pulcritud que sólo sabrá darle aquel que entienda la traducción —y, por tanto, la escritura— como un modo de filtrar la experiencia.